

esta vida Eucarística, en que él se olvida de sí mismo, y se eclipsa; Dios sin esplendor, sol sin rayos, ¿no lo veis pobre, desnudo y desposeído de aquella gloria, que es su ropaje? ¿No veis que es extranjero, que es del cielo, y no de este mundo, por donde pasa para solo haceros bien? Y rehusareis un domicilio espacioso y convenientemente decorado al visitador augusto, que os viene de tan léjos, y que ha descendido de lo alto hasta vuestra nada? ¿No veis, que está preso en este tabernáculo, donde su amor le tiene encadenado? ¿Y no queréis alumbrar, hermostear la oscuridad de su aislamiento, y adornar, á lo ménos con algunas flores, los vínculos voluntarios de este amable y generoso cautivo de vuestras almas? ¿No veis, en fin, que viene á vosotros en un estado de humillacion y flaqueza, y que nada anunciará su presencia entre los mortales, si la hermosura de su templo, la decoracion de su santuario no manifiesta que, aunque humillado, no deja por eso de ser el Dios de poder y grandeza? Y el sacrificio ofrecido para los muertos es, asimismo, una obra no ménos agradable á Dios, que provechosa á las almas en pena; pero, para ofrecer este adorable sacrificio, se necesita un templo, y en el templo un altar; y para el servicio del altar, vasos, ornamentos sagrados; y ¿cómo se ofrecerá con decoro y dignidad, si todas estas particularidades del culto santo no corresponden por su decencia y conveniente conservacion á la grandeza de la oblacion y á la excelencia de la Víctima? ¿Y creéis, que Dios no tendrá en cuenta vuestras piadosas ofrendas, y que no sabrá aplicar sus frutos á las almas que los necesiten, si se las presentais con este religioso intento?

Ya lo veis, pues, amados hermanos míos, léjos de ser un mérito insignificante y de escaso valor, digno de que nuestra piedad lo desdeñe, la emulacion por la hermosura de la casa del Señor, nos hace practicar las obras que nos son más provechosas, compite con las más santas virtudes, y hasta las sobrepuja, toda vez que, en sí sola, contiene toda la gloria y todo el valor de aquéllas. ¡Ah! si comprendiésemos la grandeza de este Dios, que nos honra con su presencia, que se hace *Emmanuel*, Dios con nosotros, y en medio de nosotros; si estuviésemos penetrados del sentimiento de estos misterios de gracia y amor, que se obran en nuestros templos y sobre nuestros altares, las más ricas ofrendas para la conservacion y ornato de su santuario no nos parecerian una expresion bastante magnífica de nuestra fe y agradecimiento. Bien sé, que Dios no necesita de tales testimonios para manifestar su grandeza. Dios es grande, siempre y en todas partes grande: era grande sobre la sencilla piedra y el altar de césped, en que el patriarca le ofrecia sus sacrificios, lo mismo que en

los esplendores de aquella augusta é inmortal ciudad, cuyas magnificencias ha descrito el apóstol S. Juan: era grande en el establo de Belen, en la oscuridad del pesebre, lo mismo que en el templo de Jerusalem, gloria de la ciudad santa y maravilla de las naciones: era grande en las catacumbas, en los desiertos y en los antros de las peñas, en donde la proscripcion de su culto le precisó varias veces á ocultar sus misterios, lo mismo que en nuestras soberbias basílicas, sublime ensayo del genio cristiano, que parece que ha querido igualar á la majestad de Dios mismo los monumentos levantados á su gloria; y la iglesia más pobre revela, acaso mejor, al corazon tierno y puro, al alma amante y fiel, la presencia del Dios, que se hizo semejante á los demás hombres, y se redujo á la condicion de hombre. Pero esta viva concepcion de la fe, que ve á Dios con vista pura como los espíritus, es el privilegio de un corto número de almas escogidas; y para la muchedumbre de los cristianos, la piedad necesita el auxilio de formas exteriores de imágenes, sensibles para sostenerse y animarse.

Así, pues, amados hermanos míos, apelo á vuestro celo en favor de la obra santa de los templos, ménos aun por Dios, que puede pasarse sin la ostentacion mundana, rodeado como está de su propia grandeza; ménos aun por Dios, repito, que por vosotros mismos, por vuestro consuelo, por vuestra edificacion, por vuestra instruccion, por la perfeccion de vuestra adoracion y de vuestras oraciones. ¿No es verdad, que os sentís más recogidos, más dispuestos á orar, más aproximados á Dios, por decirlo así, delante de un altar adornado con noble sencillez, en un templo convenientemente decorado, que en esos tristes santuarios, más semejantes á una casa abandonada que á la casa de Dios; más propios para contristar la fe, que para excitarla: santuarios, que ofrecen á nuestras miradas cuadros rotos, imágenes informes ó mutiladas, pinturas destrozadas ó semi-borradas, paredes ennegrecidas y deterioradas, púlpitos y altares, que se caen de puro viejos? Cuando veis, que todas las cosas del edificio sagrado revelan una mano inteligente que las ordena y coloca con cuidado; ¿no es verdad, que vuestra religiosidad se consuela, que vuestro corazon se conmueve, que vuestra esperanza se anima por esta imagen visible del cielo, el cual debe su belleza al orden admirable que el Señor hace reinar en él? ¿No se os ocurre decir, con el Príncipe de los apóstoles, en el éxtasis de los goces y de las glorias del Tabor: Bien estamos aquí: *Bonum est nos hic esse*, Luc. ix, 33; ó exclamar con el Profeta, al contemplar el majestuoso orden de todas las partes del templo, y la bella disposicion de sus adornos: ¡Oh, cuán

bellos son tus tabernáculos, Dios de las virtudes! ¡qué magníficas son las tiendas en que viajas con nosotros en nuestra peregrinación á la patria celestial! *Quam pulchra tabernacula tua, Jacob, et tentuoria tua, Israel!* NÚM. xxiv, 5.

He hablado de instruccion. En efecto; un templo así adornado con decencia, así rodeado de cuidados y atenciones, ¿no es una predicacion elocuente que, embargándonos los sentidos, commueve, eleva, agita nuestra alma, la sugiere una alta idea de Dios, la llena del respeto de su presencia, ó imprime en nuestro corazon un vivo sentimiento de temor y amor á él? He hablado de consuelos: ¡ah! hermanos míos, no quiero atraeros con la persuasion de la gloria humana; más, con todo; ¡qué grata satisfaccion no es para todo fiel feligrés el poder decir: «Hasta nuestros dias, la casa de Dios ofrecia el aspecto de la miseria, de la desolacion, de la ruina; nuestros padres nos habian dejado casas cómodas, espaciosas, dignas, proporcionadas á nuestras necesidades y á nuestra fortuna; y el arca del Señor, el tabernáculo de su alianza, estaba debajo de una cubierta más vil, que el miserable lugar donde el pastor abriga su ganado. Unos hermanos tibios ó indiferentes, ó cediendo á los cálculos de una prudencia interesada, nos decian, como antiguamente los políticos y los temporizadores del pueblo judío, al regreso del cautiverio: No es llegado aun el tiempo de reedificar la casa del Señor: *Nondum venit tempus domus Domini edificandæ*, ACG. I, 2; pero oíamos, que nuestro Dios nos decía por boca de su profeta Aggeo: ¿Con qué es tiempo de que vosotros habiteis en casas de hermosos artesonados, y esta casa estará abandonada? *Numquid tempus vobis est ut habitetis in domibus luqueatis, et domus ista deserta?* ACG. I, 5. Dóciles á esta voz, nos hemos animado en la obra; hemos adunado nuestros sudores y los tributos tomados del tesoro de nuestra pobreza. El cielo ha bendecido nuestros trabajos; miradlo: este es el edificio que nuestro dinero ha fundado, que nuestras manos han edificado, que el forastero admira, que nuestros vecinos nos envidian; es este el edificio que honrará nuestra memoria, cuando nuestros nietos, de generacion en generacion, gocen del fruto de nuestros sacrificios! No hay duda, oh Señor, en que son muchas las faltas, muchos los errores que debemos hacernos perdonar; pero podemos probarnos con el Rey Profeta, que hemos amado el decoro de tu casa, y el lugar donde reside tu gloria: *Dilexi decorum domus tuæ et locum habitationis gloriæ tuæ*, PSALM. xxv, 8; y este monumento de nuestra fe, levantándose al cielo como una ple-

garia eterna, hará descender sobre nosotros la gracia y la misericordia.»

2. Hay mas, hermanos míos: el templo no es solamente la casa de Dios; tambien es la vuestra; sí, vuestra propia casa, tanto aun más, que la que vuestros antecesores os han transmitido en herencia, ó que vosotros habeis adquirido ó fabricado con vuestros ahorros para vuestros usos domésticos. Del mismo modo que vemos levantarse, en medio de cada reunion de hombres, unidos por relaciones de vecindad, ó por comunidad de intereses, una casa llamada *comun*, por estar abierta á todos los hijos de la aldea, ó de la ciudad, que van á la misma para sus asuntos civiles; así, para las reuniones, ó juntas, en que se trata de los intereses de la familia espiritual, cada distrito parroquial posee una casa, propiedad comun de todos los que ruegan al mismo Padre y al mismo Dios en la comunión de una misma Madre. Por consiguiente, la iglesia de Dios es la casa del cristiano, como que no hay circunstancia solemne ni acto importante de su vida que no sea consagrado en su recinto. En ella habeis tomado un nuevo nacimiento, que ha corregido el vicio de vuestro primer origen; en ella habeis dado los primeros pasos en la senda de la virtud; en ella habeis aprendido á pronunciar las primeras alabanzas del Señor; en ella vuestra infancia se ha alimentado con la leche de la divina sabiduría; en ella os habeis hecho grandes, bajo las alas de la religion, nutridos y fortalecidos con el pan de la palabra y con el de la Eucaristía; en ella se han bendecido vuestras uniones; en ella pasan para vosotros las horas de un dulce y santo reposo, en medio de los vapores del incienso y de la armonía de los himnos y cánticos; en ella, en fin, cuando se cierran vuestros ojos á la luz, recibireis la última despedida de una familia anegada en llanto, y los últimos votos de una religion, que hace resplandecer la luz de la esperanza en las mismas sombras de la muerte.

Así, pues, amados hermanos míos, lo que haceis por la conservacion de vuestras iglesias, lo haceis por vosotros; cuando añadís un adorno á la casa del Señor, hermoseais vuestra propia morada; cuanto más multiplicais vuestros donativos para contribuir al esplendor de sus fiestas y á la pompa de sus solemnidades, tanto más multiplicais vuestros propios goces; y en ésto vuestros más caros intereses se confunden con vuestros deberes más santos.

Por lo demás, hermanos míos, no pretendo que os impongais sacrificios superiores á vuestras facultades: sé la modicidad de los recursos del mayor número de las parroquias, y no ignoro, que el culto divino permite una dignidad relativa, proporcionada á la im-

portancia de las iglesias, acomodada al número y á las facultades de los fieles que las frecuentan. No es lujo lo que reclamo para las iglesias, aunque lo esmerado y profuso de sus adornos tenga su más legítima excusa, y su más santa justificación en su aplicación al embellecimiento del santuario. ¿Qué pretendo, pues? Que incluyais la conservación y el cuidado de las iglesias en el número de las primeras y mejores obras; que les destineis una parte de vuestras liberalidades y disposiciones caritativas; que deis poco, si poco teneis; que deis más, si teneis mucho, y siempre con alegría y solicitud cual conviene hacerlo cuando se dá al Señor. ¿Qué pretendo? Que quiteis alguna gala á la vanidad para honrar el templo con esos despojos de Egipto; que contribuyais á esta obra excelente con el trabajo de vuestras manos, cuando no podais contribuir con vuestro oro. ¿Qué pretendo? ¿qué pido? Que ocurrais á todas las necesidades del culto divino, á la decente celebración de los santos misterios, á la conveniente administración de los sacramentos, al entretenimiento de esta lámpara, que anuncia la presencia del Altísimo y suministra el fuego para el sacrificio.

Pero al encomendaros, hermanos míos, que cuideis celosa y piadosamente de vuestras iglesias, habríamos llenado incompletamente el deber de nuestro ministerio, si, al mismo tiempo, no os exhortára á mirar por ese santuario invisible, que, en un sentido más perfecto y más elevado, es también el templo de Dios; quiero hablar de vuestras almas, de las que los templos materiales toman en parte su santidad. Una iglesia decente y adornada es hermosa, sin duda; pero cuando mis ojos se complacen más en ella, es cuando veo en su recinto la figura de un alma adornada de todas las virtudes. ¡Si me fuera dado introducir en ese augusto santuario, haceros contemplar sus riquezas y maravillas! Allí también se levanta un edificio, edificio espiritual, del aspecto más regular, sostenido, como sobre otras tantas columnas, por las virtudes de la fortaleza, la templanza, la prudencia, y la justicia. La fe puso sus fundamentos: la santa esperanza lo eleva á los cielos; la divina caridad corona su cima; la pureza viste sus paredes de esplendente blancura; la dulzura, la resignación y la paciencia llenan su ámbito con los más suaves perfumes. Allí hay también un altar, en que se ofrecen *hostias espirituales* con el sacrificio de los deseos; un tabernáculo, en que descansa Dios, pues su reino está en medio de nosotros. Allí arde también la lámpara misteriosa, siempre alimentada por el aceite de las buenas obras; allí se exhala también un incienso puro, las oraciones de los santos; oraciones recogidas y depuestas por los ángeles al pie del trono del Cor-

dero. Allí se hace una predicación interior, esto es, la unción del Espíritu Santo, que nos enseña en todas las cosas la verdad. De allí parten también los santos pensamientos, los deseos fervientes, dardos candentes, que van á herir el cielo, como las flechas de vuestros campanarios que se lanzan á las nubes. Lo mismo, en fin, que el templo visible, ese templo espiritual ha recibido su consagración en las aguas del bautismo, que lo han santificado en el sello que le ha puesto el Espíritu Santo. ¡Ah! guardaos, hermanos míos, de que ninguna mancha lo afee! El castigo sería terrible.

De este modo, amados hermanos míos, realizareis, y en un sentido más espiritual de lo que él quería decir, el voto del apóstol S. Pedro, que pedía, que se construyesen tres tabernáculos en el monte en que Jesús se transfiguró. Fundando el tabernáculo de Dios en vuestras almas, habreis preparado el tabernáculo de vuestras almas en la eternidad. ¿Pensais, que Jesucristo no dejará entrar en su reino celestial, á los que le hayan ofrecido en la tierra una generosa hospitalidad? Y sí, como él nos lo asegura en su Evangelio, hay muchas habitaciones en la casa de su Padre; ¿no os es permitido esperar, que reservará los lugares más distinguidos á las almas fervorosas que habrán cuidado de su templo, esforzándose y esmerándose en hacerlo ménos indigno de su suprema majestad? Esmeraos, pues, en cuidar de la casa del Señor, y alcanzareis este premio, que á todos os deseo.

## DIVISIONES.

CELO. — No hay celo que pueda obrar con tanta libertad, como el de los que han llevado siempre una vida irreprochable.

No hay celo que requiera tanta prudencia, como el de los que no siempre han guardado una conducta ejemplar.

CELO. — Nuestro celo debe hacernos vigilantes para prevenir el mal, que no ha acontecido.

Nuestro celo debe hacernos diligentes para cortar el mal, que ha comenzado á manifestarse.

Nuestro celo debe ser invencible para remediar el mal inveterado.

CELO. — La sencillez hace amar el celo de que estamos animados contra toda clase de pecados.

La discrecion hace triunfar el celo, que nos anima para seguir el camino de la virtud.

**CELO DE LOS MUNDANOS.**— Cuando nuestro celo es ciego, tomamos las ilusiones de nuestro entendimiento por artículos de fe.

Quando nuestro celo es ciego, tomamos los ardores de nuestra concupiscencia por inspiraciones del Espíritu Santo.

Quando nuestro celo es ciego, calificamos á los censores de nuestra mala vida de enemigos de la religion.

**CELO INDISCRETO.**— No hay celo más indiscreto que el celo de los ignorantes.

No hay celo más capcioso que el celo de los hipócritas.

No hay celo más terrible que el celo de los vengativos.

**CELO INDISCRETO.**— Las cábalas de los malos contra los que aman la verdad de la justicia, manifiestan que su celo es altamente inicuo.

Las palabras injuriosas con que los malos ofenden á los que les contrarian, manifiestan que su celo respira odio y mala voluntad.

Los empeños temerarios de los malos contra los hombres de bien, manifiestan que su celo respira furor.

**CELO INDISCRETO.**— Los malos solo son celosos para impedir que sus semejantes se conviertan.

No son celosos sino para pervertir á los que condenan su mala conducta con sus máximas y ejemplos.

No son celosos sino para perder á los que pretenden convertirles.

## PASAJES DE LA SAGRADA ESCRITURA.

*Zelus domus tuæ comedit me; et opprobria exprobrantium tibi ceciderunt super me.* PSALM. LXVIII, 10. El celo de tu casa me devoró, y los baldones de los que te denostaban recayeron sobre mí.

*Tabescere me fecit zelus meus, quia oblití sunt verba tua inimici mei.* PSALM. CXVIII, 159. Mi celo me ha hecho consumir de dolor, porque mis enemigos se han olvidado de tus palabras.

*Vidi prævaricantes et tabesce-* Veíalos prevaricar y me consu-

*bam, quia eloquia tua non custodierunt.* IBID. 158.

*Nonne qui oderunt te, Domine, oderam, et super inimicos tuos tabescebam?* PSALM. CXXXVIII, 21.

*Zelo zelatus sum pro Domino Deo exercituum, quia dereliquerunt pactum suum filii Israel.* III. REG. XIX, 10.

*Fortis est ut mors dilectio; dura sicut infernus æmulatio.* CANTIC. VIII, 6.

*Ne despicias hominem avertentem se à peccato, neque improperes ei; memento quoniam omnes in correptione sumus.* ECCLI. VIII, 6.

*Ignem veni mittere in terram; et quid volo nisi ut accendatur?* LUC. XII, 49.

*Recordati sunt vero discipuli ejus, quia scriptum est: zelus domus tuæ comedit me.* JOANN. II, 17.

*Quis infirmatur, et ego non infirmor? quis scandalizatur, et ego non uror?* II. CORINT. XI, 29.

*Testis mihi est Deus, quomodo vos omnes cupiam in visceribus Christi.* PHILIPP. I, 8.

mia de dolor, al ver que no hacian caso de tus palabras.

¿No es así, Señor, que yo he aborrecido á los que te aborrecian? Y ¿no me consumia interiormente por causa de tus enemigos?

Me abraso de celo por tí, oh Señor Dios de los ejércitos; porque los hijos de Israel han abandonado tu alianza.

El amor es fuerte como la muerte; implacables como el infierno los celos.

No mires con desprecio al hombre que se arrepiente del pecado, y no se le echés en cara; acuérdate que todos somos dignos de correccion.

Yo he venido á poner fuego en la tierra; y ¿qué he de querer sino que arda?

Entónces se acordaron sus discípulos, que está escrito: el celo de tu casa me tiene consumido.

¿Quién enferma, que no enferme yo con él? ¿quién es escandalizado ó cae en pecado, que yo no me requeme?

Dios me es testigo de la ternura con que os amo á todos en las entrañas de Jesucristo.

## FIGURAS DE LA SAGRADA ESCRITURA.

Un acto heroico de celo por la gloria de Dios vemos en Moisés, quando, al ver la abominable idolatria á que se entregó el pueblo de Israel, rompió las tablas de la ley, que habia recibido del mismo Dios, como impropias para imponer á un pueblo sacrilego; y atravesó con la espada á muchos miles de aquellos apóstatas infelices. Pero

cuando Dios trató de castigar ejemplarmente en el pueblo este enorme pecado, Moisés, encendido de un santo celo por la gloria de Dios, se manifestó animado de igual celo por el bien de las almas, intercediendo y, casi diría, forzando á Dios, á que retirára sus castigos, perdonando cordialmente á toda la nacion. EXOD. XXXII.

Igual celo por la gloria de Dios resplandeció en Finees, nieto del sumo sacerdote Aaron, cuando al ver á uno del pueblo entrar en la tienda de una madianita para fornicar con ella, en el acto que el Señor hizo ahorcar á todos los caudillos que se habian contaminado con las moabitas; toma un puñal, entra tras él en la misma tienda, y traspasa á los delincuentes en tan terrible transgresion. Este acto de celo aplacó la ira del Señor, que iba á caer de un modo espantoso sobre los hijos de Jacob. NUMER. XXV.

¿Quién no admira el arrojo del valiente Matatías? Invitado por el delegado del rey Antioco con las más lisonjeras palabras á ofrecer incienso á los ídolos, no solamente declaró á la faz del pueblo, que ni él, ni sus hijos, ni sus hermanos violarian jamás la ley divina, sino que al ver á un judío acercarse al altar para ofrecer incienso al ídolo, se enardeció tanto su celo, que allí mismo le quitó la vida, derribó el altar, y proclamó con sus hijos la guerra santa y la independencia de su patria. II. MACHAB. II.

En la nueva ley de gracia se nos presenta nuestro Salvador Jesucristo, que, con un celo propio de un Dios, promueve la gloria de su Padre, y obra la salvacion de los hombres, que formaba el doble objeto de su mision divina.

Innumerables son los ejemplos de este doble celo que vemos en los apóstoles, esparramados por todo el universo, para llevar á todos los hombres la buena nueva ó el Evangelio; pero especialmente en el apóstol S. Pablo, que arrostra todos los peligros, se expone á todos los tormentos, sufre todas las privaciones, emplea todo su fervor, y aun desea ser maldito de Dios, si esto ha de ser necesario para que se propague el Evangelio y se salven los hombres. ROM. IX.

## SENTENCIAS DE LOS SANTOS PADRES.

*Nemo potest habere zelum Dei, et non habere scientiam Dei. Judæi putantes se zelum Dei habere, sacrilegi extiterunt in Filium Dei.* ORIGEN. IN EPIST. AD ROM.

Ninguno puede poseer el celo por Dios sin tener la ciencia divina. Los judíos, presumiendo falsamente tener el celo de Dios, se hicieron sacrilegos contra el Hijo de Dios.

*Est zelus ad vitam, est zelus ad mortem: ad vitam, zelus est divina præcepta servare, et amore nominis ejus custodire mandata, ut fecit Phinees.* S. AMBR. IN PSALM. CXVIII.

*Angeli quoque sine zelo nihil sunt, et substantiæ suæ amittunt prærogativam, nisi eam zeli ardore sustentent.* ID. IBID.

*Feci ego cælum et terram: eadem facultate te dono, ut terram facias cælum. Accendi ego luminaria, accende tu illis clariora; nam potes iis, qui in errore sunt, lumen veritatis accendere. Hominem facere non vales, at justum gratumque Deo potes. Vides, quam te diligam, qui majora tibi faciendi tribui potestatem.* S. CHRYSOST. IN GENES.

*Et si ingentes erogaveris pecuniam pauperibus, plus tamen feceris, si converteris animam.* ID. ORAT. 5 ADVERS. JUDÆOS.

*Ergo zelo domus Dei comeditur, qui omnia perversa, quæ videt cupit emendare; et si emendare non potest, tolerat et gemit.* S. AUG. TRACT. IN JOANN.

*Zelum tuum inflammet charitas, informet scientia, firmet constantia. Sit fervidus, sit circumspectus, sit invictus; nec temporem habeat, nec discretione careat, nec timidus sit.* S. BERN. IN CANTIC.

Hay un celo bueno y otro malo: el bueno consiste en guardar los divinos preceptos; y por amor del nombre de Dios, cumplir sus órdenes, como lo hizo Finees.

Aun los ángeles, sin celo, nada serian, pues perderian la más noble prerogativa de su esencia, si no la conservára el ardor del celo.

Yo formé el cielo y la tierra (dice Dios); pues yo te doy el mismo poder para que conviertas la tierra en un cielo. Yo hice las dos grandes lumbreras; haz tú otras más resplandecientes, iluminando con la antorcha de la verdad á los que viven en el error: si no puedes formar al hombre, puedes trasformarle de malo en bueno, y agradable á Dios. Mira cuanto te amo, pues te he dado poder de obrar tan grandes prodigios.

Aun cuando distribuyeras inmensas riquezas á los pobres, no tendrías el mérito del que convierte á una sola alma.

El celo por la casa de Dios, pues, consume al que desea destruir todo lo que ve de malo, ó, no pudiéndole remediar, lo tolera deplorándolo.

Haz que tu celo sea encendido por la caridad, guiado por la ciencia, y fortalecido por la constancia: debe ser fervoroso, circunspecto é invencible; de modo, que ni sea tibio, ni indiscreto, ni meticoloso.

*Bonus zelus est fervor animi, quo mens, abstracto humano timore, pro defensione veritatis accenditur, et eo magis commendabilis, quo quælibet prava, quæ viderit, corrigere satagit; si nequit, tolerat et gemit. S. BONAV. IN PHARETR. DIV. LIB. 4.*

Véase: TEMPLOS.

## CEMENTERIOS.

*Melius est ire ad domum luctus, quam ad domum convivii.*

Mejor es ir á la casa del luto, que á la casa del festin.

(Eccles. vii, 3.)

La humanidad tiene una ley comun, ante la cual todos somos iguales: esta ley es la muerte. Nuestra duracion sobre la tierra es un momento: nuestra vida no es más que una série de pasos hácia la muerte. ¡Pobre flor que, refrescada por la mañana con el transitorio rocío de una lozana juventud, abre su capullo cuando el sol de la vida la saluda con la fuerza de sus resplandores, para marchitarse antes que el astro vivificador abandone el horizonte, donde su benéfico influjo ha reanimado todas las creaciones de la naturaleza! Pero no sucumbe á la muerte, sino para renacer por medio de un prodigio, tan admirable como la creacion misma, á una vida aun más gloriosa que la primera. A la manera que el insecto, que arrastra sobre el cielo de la tierra, despues de encerrarse en una especie de tumba, donde permanece algun tiempo sepultado, inmóvil y como inanimado, vuelve á salir de allí revestido de una nueva fuerza, y desplegando sus alas brillantes, hiende los aires y no reposa sino sobre flores; del mismo modo el cuerpo humano, pesado en el principio, corruptible,

sujeto á mil necesidades á cual más humillante, despues que deposite en el sepulcro todo cuanto tenia de grosero y mortal, volverá á salir regenerado, más hermoso y resplandeciente que los astros del firmamento.

Cuando suene la hora suprema, todos los habitantes de los sepulcros oirán la voz del Hijo del hombre. «Huesos áridos, descarnados huesos, escuchad la palabra del Señor.» Al son de esta imperativa voz, que se dejará oír en un momento de Oriente á Occidente, y del Septentrion al Mediodía, los consumidos cuerpos, los blanqueados huesos, la fria ceniza se revolverán en las cavidades de las tumbas. Toda la naturaleza se estremecerá; y la mar, y la tierra, y los abismos devolverán sus muertos, que creyeron propiedad suya, cuando solo eran un pasajero depósito que se les confiara, para devolverlos fielmente á la primera expresion de la voluntad de Dios. De ahí esa profunda paz con que el cristiano desciende al sepulcro; de ahí el respeto con que miramos sus mortales despojos; de ahí esas bendiciones que consagra la tierra destinada á recibir nuestros yertos cadáveres. De esa tierra, de los cementerios, nos ocuparemos en el presente discurso. El Espíritu Santo nos dice, que vale más ir á donde reina el luto, que á la casa donde se prepara un festin; porque en aquel lugar, el hombre considera su último fin; y, aunque lleno de salud, piensa en lo que un dia le sucederá. Hablemos, pues, de los cementerios: ellos nos inspirarán las más sérias y saludables reflexiones; pero antes pidamos los auxilios de la gracia. A. M.

1. No me propongo, amados hermanos míos, investigar aquí con curiosidad, las diferentes formas en que se ha manifestado en todos los pueblos y en todó tiempo el sentimiento tan moral y tan eminentemente religioso por los restos de los difuntos. No me detendré ni delante de aquellas altas pirámides, consagradas por los antiguos pueblos del Egipto á la sepultura de sus reyes, magníficos testimonios de su nada, si lo quereis, pero testimonios no ménos ilustres de su fe en otra vida. No enumeraré el exquisito cuidado con que este pueblo trataba los tristes restos del género humano, envolviéndolos en ropas preciosas, embalsamándolos y perfumándolos para preservarles de la corrupcion, como si pretendieran comunicar á las frias reliquias una apariencia de vida, aun despues de la muerte. No recordaré las urnas piadosas en que los griegos y los romanos encerraban, regadas con sus lágrimas, las cenizas de sus abuelos; los soberbios mausoleos que levantaban á su memoria, y la via romana, llamada por excelencia *via sagrada*, porque se caminaba por ella entre sepulcros.